

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO, 131

OFICINAS: CALLE QUEVEDO, 7

TELEFONO, 2979

REVISTA ENCICLOPÉDICA

Las industrias del antiguo Marruecos.—No es lo corriente pensar en Marruecos como en un país civilizado, con grandes ciudades e industrias florecientes. Si las tribus de las montañas conservan aún un género de vida rústico y primitivo, las ciudades importantes, donde se desenvuelve una civilización muy adelantada, han concentrado un movimiento industrial idéntico al que tenían los demás países antes del desarrollo de la maquinaria. Nos encontramos, pues, en esto, como en otras muchas cosas, ante un estado social que revela solamente un siglo o dos de retraso.

Las ciudades de Marruecos han adquirido en algunas especialidades una gran reputación. En Fez se fabrican las telas más hermosas, bordados, orfebrería fina, cerámica. Marrakech y Tetuán son grandes mercados de cueros y de armas. En Rabat y Safi se tejen alfombras, telas comunes, mantas.

Fez, la capital en estos últimos siglos, ha tenido siempre corporaciones de oficios importantes. En el siglo XVI, León el Africano enumera diversas artes, y cita particularmente «quinientas veinte casas de tejedores, de gran apariencia; «construidas—dice—en forma de palacio, con varios pisos.» Estos tejedores formaban una corporación de 20.000 miembros.

Actualmente se producen, sobre todo en Fez, sedas y tejidos de algodón. Hasta estos últimos años, los fabricantes de sedas encontraban en el mismo país, en Djebel, la primera materia necesaria.

Las telas de algodón y de lana ordinarias se hacen con hilos de la región de Lefrou o de Ojebel; los hilos más finos se traían de Inglaterra o de Francia. Los tejedores confeccionaban los albornoces y jaiques sobre telares de modelo antiguo. Los hilos de seda, de algodón o de lana eran teñidos por obreros especiales con tintes naturales.

Se fabrica todavía en Fez cerámica de un arte especial y de color azul generalmente.

Aunque Fez no sea el mercado principal de cueros, cuenta con 3.000 curtidores, y, por lo tanto, la preparación de pieles y la fabricación de objetos de cuero ocupa en su industria un lugar importante.

A estas industrias principales conviene añadir las artes de la edificación. En esta ciudad, admirablemente construida, donde abundan los palacios ricamente decorados, aquéllas tienen naturalmente un gran desarrollo. Los albañiles, ajustadores de mosaicos, pintores, decoradores en yeso, constituyen corporaciones importantes que cuentan con obreros sumamente hábiles y hasta con verdaderos artistas.

En fin, se encuentran en la ciudad numerosos molinos, que mueven las aguas de los múltiples brazos del río Fez, que descenden por el barranco donde está construida la ciudad. La corporación de los molineros es una de las más importantes. Cada familia amasa su pan y lo lleva a cocer a los hornos públicos.

Los oficios más delicados son ejercidos por los habitantes de Fez, dejan-

do a los obreros que vienen de fuera las profesiones más ordinarias; los albañiles son de Figuig; los zapateros, de viejo de Tafillete; los mozos de cuerda pertenecen a las tribus bereberes de los alrededores y de Touat.



Siembra de hortalizas.—¿Quieren nuestros lectores abonados, especialmente los Maestros que dirigen campos agrícolas de experimentación, obtener buenas y abundantes cosechas de legumbres, nabos, lechugas y demás hortalizas, aun de las que ponéis en tiestos o macetas para entretenimiento?

Pues atended con cuidado a la siembra. Una siembra acertada decide la cosecha.

Para esto poned las semillas en remojo, antes de sembrarlas, en una disolución (de sulfato de hierro (caparrosa verde) durante veinte minutos, si las semillas son gruesas y duras como las judías, y durante quince si son pequeñas o blandas.

La cantidad de sulfato ha de ser de diez gramos por litro de agua.

Con este procedimiento lograréis plantas robustas y que darán abundante fruto, rindiendo un 10 por 100 más de lo ordinario. Probadlo, que poco cuesta.

Lo mismo debe hacerse con los tubérculos de las patatas, poniendo los trozos de ellas en la referida solución por el tiempo de un cuarto de hora.

A los reumáticos.—La medicación racional contra el reumatismo está constituida por el baño caliente, los diuréticos, los purgantes, la diaforesis local y general, seguida de fricciones estimulantes. Los alcalinos y el ácido salicílico tienen capital importancia, si con habilidad se los maneja. Pero nada tan seguro como la prolongada aplicación del vapor de agua, seguida de muy cortas refrigeraciones.

El calor y el frío (que tanto han acreditado las famosas duchas escocesas) crean diferencias de potencial capaces de producir sobre los nervios corrientes análogas a las que la industria eléctrica hace circular por los hilos de cobre.

El dolor desaparece, resuelve la inflamación y comienza el organismo a depurarse con grandísima rapidez del exceso de ácidos que saturan la sangre del reumático.



Para los calambres o entorpecimientos repentinos musculares.—Cuando en un miembro cualquiera, en la planta o en los dedos de los pies, etc., se siente calambre, no hay más que ponerse en la boca, sin mascararlo, un pedacito de alcanfor, del tamaño de un confite o de un anís.

Poco a poco disminuye de volumen el alcanfor, mezclándose con la saliva (que tragará el enfermo), y terminada la disolución o absorción del alcanfor se acabó la rampa.

UNA ESCENA ESCOLAR

PARA EL SR. ARTIGA

Mimetismo infantil.—El interior de la Escuela clásica, con las paredes desconchadas y llenas de grietas, y con una inquietante joroba en la del fondo, por cima del sillón del Maestro, que parece una muda amenaza; el suelo entarimado, a trechos lleno de boquetes, como una gran rebanada de queso gruyère, y rezumando humedad por ellos y por las junturas; el techo, estalactítico; ¡de tal modo está cuajado de pingajos, de telarañas! Algunos hilillos, verdade-

ros estiletos de luz—en los que bullen miriadas de corpúsculos—se filtran por él; una plataforma, especie de atalaya que está llamando a gritos al domine de la leyenda; algunos cuadros descoloridos, unos mapas deshilachados, un crucifijo manco con un doselete raído, un sillón movedizo, cuatro sillas despazurradas y un tablero contador inservible.

El Maestro, un jovencillo nevato, que acaba de llegar al pueblo, les está hablando a los niños desde la plataforma, zarandeando, inadvertidamente, de

vez en cuando. la feble y desvencijada barandilla de ésta; los niños le escuchan con interés.

—Decíamos—expone el Maestro—que la ley de la vida es la lucha por la existencia; que unos animales acometen a otros para vivir a sus expensas; que los más fuertes se nutren con los despojos de los más débiles.

—Sí, señor; sí, señor—asienten todos los rapaces con entusiasmo.

—Vamos a imaginarnos ahora el siguiente cuadro. Un día de primavera está revoloteando alegremente una mariposilla alrededor de una flor; la tarde es espléndida; el aire, caliente y perfumado; cuando nuestra mariposilla está más bulliciosa, cuando casi casi empieza a emborracharse de aromas y de luz, un pajarillo que estaba apostado en los brazos de un árbol le acomete y la apresa; el pajarillo, con el plumaje inflado de dicha y rasgando el espacio, se encamina presuroso hacia su nido, a regalar a sus hijuelos con su apetitosa presa.

Lanzando trinos al sol, en acción de gracias, satisfecho de su destino, y, como la mariposa, medio borracho con la música de sus propios gorjeos se halla, cuando una astuta culebra le hinca sus agudos dientes; no ha hecho más que engullírselo, y cuando apenas ha empezado a relamerse, un aguilucho se abate sobre ella, y hundiéndole sus agudas garras, se eleva raudo por los aires...

Y aquí suena una detonación, y pájaro y culebra, confundidos, caen en último término en las manos del hombre. ¿Qué os parece?

—Muy bonito, muy bonito.

—Pues bien; la naturaleza, a la vez, ha dotado a los seres de medios para defenderse y esquivar los ataques de los más fuertes; estos artificios consisten especialmente en una prodigiosa adaptación al medio, de tal modo, que muchas veces llegan a confundirse con él; ¿habéis visto, por ejemplo, las franjas blancas y negras de la piel de los tigres?; pues estas franjas o listas se corresponden perfectamente con los intersticios de luz y sombra del bosque; circunstancia que les permite confundirse con el claroscuro de los árboles, y pasar desapercibidos entre ellos.

Y esto que decimos del tigre pudié-

ramos referirlo a casi todas las especies; a las mariposas, que simulan las hojas; a los osos blancos, que viven entre las nieves; a la piel manchada de los lagartos, que presentan la luz a través del follaje; al gorila... (al llegar aquí, un niño se sonríe apicaradamente, girando la vista en torno suyo hasta clavarla en otro compañerito un tanto distante de él).

El Maestro, que se da cuenta de la maniobra, le pregunta al instante.

—Oye, Arganzona, ¿por qué mirabas a Elías con esa sonrisita tan burlona?

—Yo no lo miraba; no, señor—replica éste rápidamente, con aplomo.

—Diga usted que sí, señor Maestro—interpone precisamente su vecino, sin poderse contener.

(El aludido le mira a éste entonces de soslayo, dibujándole con la cara una mueca amenazadora; el otro, a su vez, aprieta los puños con disimulo.)

—Acércate, Arganzona—le indica el Maestro al arrapiezo, pelirrojo y desmedrado, de la sonrisita. Vamos a ver, ¿tú eres amigo o enemigo de Elías?

Arganzona mira entonces con detenimiento a su compañero, como si no lo hubiera visto nunca, y tras de algunas vacilaciones contesta con cierta hosquedad:

—Amigo.

—¿Pues por qué lo mirabas tan burlonamente?

—Es que los de mi calle lo llaman así.

—¿Cómo lo llaman?

—El Gorila—responde el niño, bajando la voz.

—Con que lo llaman, ¿eh?

—Diga usted que él también—gruñó el aludido con iracundia...

... ..
 ¿Se ha fijado usted señor Artiga? Lo llaman, lo llaman; él, Arganzona, el niño de la sonrisita burlona, no lo llama; son los otros, los de su calle.

Usted que se pronunciaba hace poco contra la mentira, la hipocresía, la falacia y la doblez, ¿no cree, como yo, que este Arganzonita es un caso singular de adaptación al medio, de mimetismo humano.

Lo llaman, lo llaman; yo, no; son los de mi calle.

GONZALO JUNQUERA



EL DIBUJO EN LA ESCUELA

Hemos leído con verdadera fruición, con el cariño que nos merece cuanto de algún modo significa *aspiración espiritual*, los artículos relativos a «Decoración escolar, que, suscritos por el Profesor D. Pedro Chico, ha publicado esta revista liberal, y en verdad, como Maestros, no podemos sustraernos a la tentación de emborronar estas cuartillas, exponiendo también *nuestra aspiración* y opinión sobre punto de capital interés para la educación nacional.

Constituiría el desiderátum de nuestros ideales obtener que campeara el arte en la Escuela con irisaciones de instructiva estética en todo su esplendor, aunque no más de esa sencilla belleza que no excluye un marcado fin utilitario, manifestada así en el arquitectónico exterior del edificio cuanto en su interior: techumbre, paredes, material escolar, decoración de los frisos, cual pretende el Sr. Chico, etc.

Nosotros iríamos aún más allá. Ensancharíamos el círculo aplicativo del dibujo a todas las disciplinas escolares que fueran susceptibles de su aplicación al logro de mayores y más eficaces valores educativos: historia, artes manuales y bellas, industrias en sus diversas manufacturas nacionales y aun extranjeras. Expondríamos al niño en el recinto escolar el arte y el artista en las más elementales y variadas manipulaciones de las ciencias, artes y oficios.

Para el desenvolvimiento del dibujo aplicado, tal y como lo concebimos, se utilizarían las paredes de la Escuela, preparadas a la escayola, y lienzos fabricados «ad hoc», enrollables y manejables a modo de cinta cinematográfica, para el concerniente al de figura, paisaje y geografía, y sobre el pizarrón el de aplicación a las ciencias, artes e industrias, y a todo diseño que por su carácter transitorio implicara frecuente renovación.

Transformada así la Escuela en lienzo periódico, y oportunamente renovable en relación con el grado receptivo de los educandos, habríamos logrado, mediante un procedimiento único a nuestro juicio,

dar cima al desarrollo de nuestros enciclopédicos programas escolares, merced al incalculable ahorro de teorías y tiempo que entraña la intuición.

¿Qué Maestros poseemos la preparación necesaria para dar vigor e impulso al arte en la Escuela a los fines mencionados?... Ya nos lo dice el Sr. Chico: «Los nuevos educadores tropiezan siempre en la enseñanza de todas las materias con su escasísima preparación en el dibujo».

Estas aseveraciones, lanzadas por un *formador de Maestros*, y con las que, no sin dejo amargo, nos hallamos *identificados*, descubren deficiencias sustanciales en el vigente plan de estudios normalistas, y deducen el desproporcionado rendimiento instructivo que pueden proporcionar al Magisterio, en razón a las necesidades sentidas, los concursos anuales nacionales de dibujo que vienen celebrándose.

Por nuestra parte, confesamos ingenuamente que nos sugieren ideas desconsoladoras, unas, las mismas que a diario nos afligen las cotidianas tareas escolares, y otras, de anhelo vehemente, de zozobante especulativa, tendentes a conseguir la competencia apetecida en tan importante disciplina.

En otro artículo esbozaremos el plan a seguir para su más fácil consecución, así para los alumnos normalistas como para los que, día tras día, bregamos en el recinto escolar luchando con la *incompetencia*, no sin terminar hoy rogando al incansable Sr. Chico no cese en la cruzada emprendida, seguro de que émulos Maestros habrán de seguirle en tan noble como trascendental iniciativa.

FIDENCIANO M. GANDARILLAS

VICTORIA

Libro de lectura para niñas, por
D.^a María del Pilar Oñate.

126 páginas, 49 grabados. Ejemplar,
1,00 peseta.

gante y angustiada, sentida y dicha con todas las potencias de su alma? ¿Se creen ustedes ser mejores cristianos que él porque rezan sin saber lo que rezan, como las cotorras? ¡Están ustedes muy enfangados en el cieno para poder salir de su carroña y seguir el vuelo de esa alma; Joaquín Madoz ha tenido muy poca suerte viniendo a este pueblo fanático!

Con un gesto, como un látigazo, alejóse de las autoridades valdecabrenses, entrando decidido en el círculo infantil. Los niños se levantaron al verle, invadidos de un respeto conmovedor que se hermanaba con la alegría. Madoz se levantó igualmente y fué a darle la mano al superior; pero éste, abriendo fraternalmente los brazos, estrechóle sobre su pecho con emoción intensa.

—¡Cuánto he sufrido!—murmuró Madoz, intentando vencer una congoja que le ahogaba.

—¡Creía usted, acaso, que yo iba a prestar oídos a las calumnias de esos infelices?

Volviéronse a mirar a las turulatas autoridades; pero las autoridades, completamente corridas, bajaban hacia el pueblo sin hacer comentarios.

Al anochecer, el Sr. Gascón volvió a subir en su carruaje y desapareció, terminada su misión en Valdecabres, satisfecho de las filípicas que endilgó a sus caciques y de la labor que hacía su maestro. Madoz, asomado al balcón de su cuarto de estudio, miraba desaparecer el cabriolé entre vaivenes, jugando al escondite entre los frutales en flor. Parecía que había pasado un siglo desde su llegada a aquel pueblo. Atormentaban su mente los mil recuerdos de su vida, desde que tomó posesión de aquella escuela abandonada; sus luchas, sus en-

tusiasmos, sus desfallecimientos, sus horas de angustia y sus momentos de desolación.

Luego, el resurgir valiente de las energías, el gesto altivo de resolución, la guerra franca, tremenda; el caciquismo, queriendo ahogarle entre sus garras de acero; la calumnia, babeando impura hiel en su fama de caballero y de profesional, y entre toda la balumba de añoranzas opuestas, el claro recuerdo de una mujer que lloraba lamentando su alejamiento; la pálida faz de la rubia princesita enamorada. En el caos de tantas amarguras, el amor había sonreído a su juventud y su virilidad. Pero Madoz, afligido, ahito de pesadumbre y desconsuelo, decíase que tampoco estuvo en su mano recoger aquella dulce sonrisa.

Anhelante, seguía la marcha del coche verdándose en la gaya injuria de las frondas. Y pensando en otro mundo, en otra vida, libre de aquellas miserias lacerantes, seguía con mirada de envía. ¡Oh!, cómo se hubiera ido tras él, ligero y animoso, sacudiendo el yugo del deber tirano que le obligaba a apurar el cáliz hasta las heces.

Suspiró, y tras unos instantes de doloroso ensimismamiento, sacudió las molestas reflexiones retrospectivas para mirar sonriendo el porvenir.

«Ella» iba a ir; de nuevo el amor rozaría con sus frágiles alas la quieta laguna de su espíritu. Con ella, con la mujer de sus pensamientos peregrinos, iba Federico Montornés a continuar una obra de progreso que unos luchadores vencidos abandonaron en la hora trágica del desfallecimiento, y que por él, por su iniciativa, recibía nuevos impulsos recientivos. Madoz iba a recibir el refuerzo de una mano potente, vigorosa, recia, que le ayudaría a

proseguir la empresa de cultura comenzada; a contar los planes de adelantos con que favoreyer a los pobres esclavos de Valdecabres; a sacudir la vergonzosa modorra de aquellos espíritus con un grito consolador y vigoroso.

—¡Levántate y anda!

Y mirando el pueblo dormido con mirada paternal, en la que brillaba el entusiasmo del artista que contempla su obra, Madoz sonreía...

FIN DE LA PRIMERA PARTE



medio de sus discípulos, hablaba. Los nenes, con la cabecita alta, arrellenados sobre los cojines de musgo que tapizaban el suelo de la pinada, con los ojos abiertos reflejando el destello de luz que iba brotando en sus inteligencias, al choque germinador de la elocuente palabra persuasiva del maestro, oían embelesados, silenciosos, atentos, como si estuviesen en misa. Parado tras unos matorrales, Gascón escuchaba. El joven hablaba a sus pequeños de la existencia de Dios. El ateo, el laico, el incrédulo, el réprobo, tenía una frase fervorosa y energética cuando afirmaba, como si con el calor de su propia convicción quisiera llevar la fe a aquellos corazones infantiles:

—Nada se ha hecho solo... ¡Creéis que son obras de la casualidad esa fuente, que canta canciones de cristal; esas flores, que cogéis perfumadas y frescas en los campos verdes para adornar con ellas el crucifijo de la escuela; los pajaritos, que cantan armonías maravillosas con un lenguaje extraño; los árboles, que nos dan sombra, frutas, maderas; la tierra, que produce; el sol, que alumbraba; la luna, que sale por las noches sobre el cielo diáfano convidándonos a soñar...? Cuando algún desdichado os diga que no hay Dios, decidle que busque un hombre que haga todo eso, y que, después que lo haya hecho, sepa animarlo con el propio vital... Veriais cómo fracasaban miserables.

Gascón, con una mirada iracunda, volvióse a los tres que le acompañaban y díjoles indignado, un poquitín colérico:

—¡Es éste el maestro antirreligioso que no hace rezar a sus discípulos, que no les explica el catecismo? ¡Qué son sus palabras sino una oración gi-

que si los padres quisieran a sus hijos, cuidarían de que la escuela fuese una jaula de oro.

Miráronse unos a otros en el colmo del estupor, dudando lo que oían. ¡Quería aquello decir que el inspector daba todavía la razón al maestro?

—De tal manera pienso lo que digo, que voy a clausurar esta escuela. Esto es una indecencia... Yo no sé cómo ustedes han consentido hasta ahora que sus hijos vinieran a languidecer en la humedad y la estrechez de esta cueva... ¡Y todavía tiene la avilantez este pueblo imbecil de formarle expediente a su maestro por el gran crimen de procurar a los niños el aire y la libertad que necesitan!... ¡Son ustedes unos idiotas!

Con la cabeza baja, rumió el secretario, que era el más despabilado de los tres, unas protestas.

—Es que D. Joaquín ha hecho cosas muy gordas, señor inspector. Ya ve usted—dijo, extendiendo su brazo embutido en una manga negra, lustrosa y pelada por el codo—ha quitado los carteles, ha quitado las láminas de Historia Sagrada que adornaban las paredes; hace decir a los chiquillos arco iris, en lugar de rayo de San Martín; ha hecho cambiar esas ventanas de la calle sin decir una jota; no hace cantar los números ni las oraciones; obliga a que los chicos se compren cuadernos de escribir y de dibujo, y eso es mucho gastar.

—Y debía haber picado el local y quemado todo lo que hay dentro, porque todo es una inmundicia, una basura. ¡Cuando yo digo que ustedes no razonan!

Le acompañaron adonde el maestro se encontraba, mohinos, cabizbajos y recelosos.

Sentado sobre los lomos de una peña, Madoz, en



SEGUNDA PARTE

I—CARIDAD MONTORNES



La verla por primera vez, y antes de que pudiera darse cuenta el observador de su catadura física y del metal sonoro de su voz, sentíase extrañamente impresionado. ¿Por su belleza? No carecía de esa gracia; pero no eran los atractivos corporales quienes llamaban la atención tan poderosamente. Lo que en aquella mujer subyugaba, casi inconscientemente, encadenando a cuantos la conocían con la dulce cadena de su misteriosa atracción, era su alma... ese algo sobrenatural, inefable, divino, que flota en torno de los seres privilegiados, sugestionando, rindiendo y esclavizando con la magia irresistible de su encanto ideal, visión de ensueño. Y era la suya grande, noble, fuerte; alma templada al yunque de azarosos dolores; for-

talecida al choque de penas amarguísimas, de angustias insufribles, de crueles contrariedades; alma heroica de mujer, que había derramado en torno suyo amores y sonrisas, caricias y lágrimas, abnegaciones y sacrificios. Alma valiente, que había visto llegar las penas sin miedo, y que en el rudo tiempo de combate supo erguirse serena y desafiarlo con la estroica calma de los caracteres enérgicos. Leíase en su rostro toda una historia de dolor, y, sin embargo, su rostro no era triste. Guardaba sus pesares entre los repliegues más hondos de su espíritu, y de su persona emanaba un efluvio de paz, que se extendía, como las ondas, a todos los afortunados que vivían en su alrededor.

Era alta; ni gruesa ni delgada; esbelta, bien hecha; con esa distinción ingénita, reveladora al primer vistazo del medio social en que nació y vivía, y de la cultura que supieron darle, cultura que trascendía en ella como una irradiación luminosa, reflejándose en mil pequeños detalles de refinamiento y elegancia. De aquella figura airosa, forjada en la aristocracia de las más bellas virtudes, no se desprendía ningún perfume liviano. Al verla serena, sonriente, con aquella intensísima luz de inteligencia asomada a los ojos angélicos, ante la pura frente despejada, espejo de reposos dulcísimos, y los labios carmíneos admirablemente engarzados, como zafiros, en el alabastro de la cara; al chispear de su palabra fácil, graciosa, de encantadora versatilidad andaluza, pero siempre correcta, siempre elegante, sentíase uno como elevado a otro mundo mejor y envuelto en una nube de delicioso espiritualismo, dejaba aquí abajo ruindades y miserias para volar en brazos de aquella alma her-

diosos la pasión de la carne que exigía su virilidad, el anhelo suavísimo de castas ternuras que pedía su alma, y la piedad hacia aquella otra alma flagelada por el dolor en la plenitud de su mocerío...

Entretanto, el Sr. Gascón, inspector de primera enseñanza, que había leído con gestos de desprecio el famoso expediente formado contra Joaquín Madoz, sin saber si arrojarlo al cesto como inútil: pelucho o tomarlo en serio para dar a aquellas gentes una dura lección, optó por lo segundo, y una noche tomó el expreso, bajó en la estación más próxima a Valdecabres, y alquilando un carruaje presentóse en el pueblo, cogiendo desprevenidos a todos... El maestro, bajo la bóveda azulina de la iglesia catedral, soñaba, mientras explicaba automáticamente su lección a los alumnos.

El alcalde, el secretario y el juez, acompañaron al inspector a la escuela. La puerta estaba entornada. El inspector la abrió y entró dentro. La cocina ya por anteriores visitas, y pudo darse cuenta de las mejoras llevadas a cabo por Madoz, sacrificando su propio bolsillo, a pesar de las cuales, el local, bordado de salitre y humedad, el techo empapado por las goteras de las últimas lluvias y la lobreñez de calabozo, pese a los ventanales, hizo mala impresión en el ánimo del probo funcionario.

—Este local es una vergüenza, una inmundicia para Valdecabres—dijo, volviéndose, severamente a los acompañantes—. Es insuficiente, malsano y asqueroso. Hace muy bien el maestro en encerrar a los pequeños en esta jaula, en esta mazmorra... Hace divinamente en llevarse los a la montaña, al libre ambiente de los campos... Quiere a los niños más que sus padres, más que ustedes, por-

¡¡Prepárate, Magisterio, que viene D. Zenón!!

Muchas, muchas veces leí *Entre Montañas* ¿Cómo no?... *Entre Montañas* representa la epopeya de una clase heroica, sufrida y ultrajada, encerrando el ideal santo que mueve y anima cual mágico resorte a todos los héroes que hasta en los más apartados rincones de nuestra patria pelean en desigual y épica lucha por culminar las cumbres de la gloria para honra de las futuras generaciones.

Entre Montañas es la vía luminosa que señala la recta senda que el Maestro debe seguir para lograr la felicidad de los seres a él encomendados.

Como enamorado y joven, leí *Entre Montañas*, pensando en mi bien ausente, cuando el templado corazón de José Miguel, enardecido por el triunfo de su ideal, sonreía dichoso ante su Rosario enamorada, al descubrir la fogosidad de aquel corazón que él había moldeado..., de aquel fuego encendido por él en el corazón helado y positivista de los que se educan sin amor ni religión.

Como Maestro, *Entre Montañas* me animó e influyó en mí más que toda la pedagogía que he conocido y creo pueda conocer. Despertó en mí el hermoso y altruista ideal de lograr el bien de mis niños aun a costa de mi sacrificio... *Entre Montañas* es la Pedagogía práctica que nos presenta con toda claridad el camino que al Maestro le espera... *Entre Montañas* debe leerse en las Normales, y el alumno que no tenga corazón de José Miguel, corazón de Maestro, que lo deje, que no crea que ser Maestro es ir a sentarse en el sillón más o menos lujoso de la Escuela, y dar unos paseos a la caída de la tarde; no. Para ser Maestro hay que ir dispuesto a triunfar ¡o morir!

Yo también toqué la campana, y al leer *Entre Montañas*, y sentir la lucha que en el corazón de José Miguel se desarrollaba entre su dignidad y su misión, temblaba de emoción... Tuve por Escuela un tugurio, del cual ya logré salir, donde si no le sostenía la casi derruida pared de un cementerio cual Castrido, padecíamos frío y llovía dentro de él, doliéndome el corazón cuando mis que-

ridos niños, enternecidos y suspirando, me suplicaban abrigo y se agrupaban a mi alrededor.

Todo lo recuerdo, y de todo me lamento. Hoy dispongo de abrigo local, y mis niños queridos no tienen frío... Pero hoy se rumorea..., se dice... ¡Yo mismo lo he oído!... José Miguel sigue su martirio... D. Zenón, el auténtico don Zenón, de carne y hueso, al frente de su alcaldía, sigue tranquilo martirizando a los Maestros y desgraciando a los inocentes... Me lo asegura una persona amiga ajena a nuestra clase, pintándome el hecho con todos sus pelos y señales.

Esto me desatina, y ante el temor de que el nuevo José Miguel pague con su vida los favores que otros le deben, me dirijo a todos los Maestros, a todos los que estéis dispuestos a encarnar gustosos el papel de José Miguel, si con él logramos salvar nuestra patria, que os preparéis y estéis dispuestos, individual y colectivamente, a salvar el honor de la clase y revestir del prestigio correspondiente a nuestra Inspección.

Y a propósito. ¿Tendrá quizá analogía con este rumor aquella consulta que nuestro querido Inspector y cantor de la epopeya del Magisterio, Sr. Onieva, elevó a la superioridad sobre las atribuciones que los presidentes de las Juntas locales tenían en las visitas de inspección?... ¿Lo recordáis? ¿Quizá sería aquel Zenón de la historia el que se atribuía tales derechos?

¿Tendrá alguna relación con esto el no haberse realizado el homenaje al Maestro desconocido?

Indaga, Magisterio... Prepara tus armas, y si hay que luchar da señal de vida y trabajo, y asóciate y coopera al homenaje que Asturias, dando un mentís a todos los Zenones que se presentan, piensa ofrecer al padre de José Miguel e insigne Inspector, Sr. Onieva, preparándonos a defenderle en caso de que alguien quisiera vengarse por haber lanzado a la faz del mundo la verdad desnuda y amarga del caciquismo rural.

EPIFANIO SANCHEZ LMATEO
Castiello de la María, mayo de 1923.

Tribunal de oposiciones a ingreso en las Secciones administrativas de Primera enseñanza

Lista de los señores opositores que han sido declarados aptos para pasar al segundo ejercicio, relacionados por el orden y numeros con que aparecieron en la «Gaceta».

Número en la «Gaceta», 2, D. Santos de Lope e Ibeas; 4, Cándido Rivero Simón; 5, doña Petronila María Alfageme; 6, D. Mariano del Olmo Gismera; 8, Francisco González Larena; 10, Conrado Calvo Borreguero; 11, Antonio Martí Ortiz; 12, doña Juana Gómez Sánchez; 15, D. Francisco del Pino Aguado.

16, doña María Araceli San José; 17, D. Luis Cavero Cardenal; 19, doña Teresa C. Sánchez García; 20, D. Felipe Monge Hernando; 21, José Fernández Granado; 22, doña Tomasa F. Sánchez Canelo; 26, Máxima Gil Salinero; 27, Carmen Bescós Salneza; 28, D. Antonio Yuste López; 30, José María Lozano Martínez; 31, José Tornero Segura; 33, José María López de Sena.

35, doña Agueda Mantilla Suárez; 36, Filomena Prez Plaza; 37, Carolina Muñoz del Corral; 43, D. Florián Sáenz Remiro; 44, Ricardo Fernández Gallo; 47, doña Visitación Romero Zapatero; 55, D. Cecilio Segarna López; 59, doña María Carabaya Polaner; 61, Juliana Teresa Ortega Jiménez; 62, Raíaela García Martín; 63, D. Joaquín Robles Sopena; 64, César Aniento Lou; 65, doña Clara Gutiérrez de la Peña; 68, Manuela Megido García; 69, Salustiana Sánchez Solano.

71, D. Rafael Declós Saguer; 72, Alejandro Vicente Sanz; 73, Manuel Ortega Puga; 75, doña Mónica López Gómez; 77, D. José Valles Primo; 78, Eulalio Velasco Morales; 79, doña Bonifacia Monforte Fernández; 80, D. Pablo López Martín; 81, doña Julia María Rincón Rodríguez; 82, D. Francisco Orge Alonso; 85, Juan Antonio Manzano Sánchez; 86, doña Felipa Ortega González; 87, Rafaela Muñoz Alcoba;

90, María del Pilar Guarro Gonzalo; 91, Josefa de Leonisa Layme.

92, D. Andrés Edo Espasa; 94, doña Leona Perona Pozuelo; 100, Concepción Núñez de la Torre; 101, Paula Gonzalo Rodrigo; 102, D. Ponciano Gonzalo Rodrigo; 104, doña Elvira Yarte Sanz; 107, Julia Fernández González; 108, María Fernández Alonso; 110, Teresa Antón Rodríguez; 113, María González de la Riva y Valcárcel; 115, D. Albino Charle de Pablo; 120, Manuel Ramá Querol; 121, Nicolás César García; 124, doña Antonia González y González; 127, D. Carlos Vega Vega; 128, Enrique Baños Berengena; 129, Eugenio Molini Blanco.

131, doña María Manuela Gómez de la Cruz; 133, D. Jaime Terres Lladó; 134, doña Jesusa Santos Pozo; 135, Fabriciana Rivera Mateos; 137, D. Ignacio Monzonis Doñate; 138, Manuel Sánchez García; 141, doña Justa Guerrero Puente; 146, D. Vicente Enrique Carnicero Orden; 149, doña Antonia López Sánchez; 150, D. Luis Jaramillo Benavente; 154, doña Marcelina Pilar Camino García; 155, D. Melitón Eusebio Manrique García; 159, doña María de los Dolores Vilchez García.

160, D. Pío Jiménez Hernández; 161, Manuel Sánchez San Esteban; 162, doña Eulalia Puentetaja de Pablos; 163, Josefa María Galán Rodríguez; 166, D. José Alvarez Ruiz; 167, doña Amparo Medrano García; 168, D. Francisco García Ruiz; 169, doña Imelda de la Salud de Dios Boiza; 170, Juliana Torrego Pedrazuela; 173, D. Bernardo Viguri Valverde; 175, Isidro Dolado de Francisco; 176, doña María del Carmen Carbajo y Pla; 177, Cayetano García Ramos.

178, doña Dolores García Castaño; 186, Epifania de San Julián Saizar; 188, Teresa Viñas Navarro; 190, Joaquina Fuentes Gómez; 191, María del Pilar Olay Cabal; 194, D. Enrique López de las Pozas; 199, doña Felicidad Ruiz

Díaz; 202, Felisa Blanco Mínguez; 207, Angela Adolfinia Díaz Velasco; 208, María del Carmen Tabar y Peláez; 210, Casilda Velasco Matacás; 212, D. Antonio Castro Escolante; 213, Juan de Miguel Garnica; 214, Antonio López Vázquez; 215, doña María del Carmen Gomez Aura; 220, Isabel Lozano Lagrava; 221, D. Adolfo Pérez Mota; 222, Manuel Pertinoz Mendigorri; 224, doña Hortensia Esteban Uriszar de Aldaca; 226, D. José Gutiérrez Ballesteros.

239, doña Antonia María Cluet Santiveri; 241, María Luisa Fornies Arrazar; 243, María Magdalena López Díaz; 245, D. Antonio Arenas Delgado; 251, Gerardo Matilla Laquidain; 253, doña Mercedes Gómez Alonso; 262, D. Manuel Martín Madruga; 266, doña Felipa Jiménez Redondo; 269, María Alonso Nart; 272, D. Vicente Ruiz Elena; 273, José María Guarllart Sevil; 275, José Manuel Amado; 276, José Juan Fernando; 277, Luis Orts Segura; 279, doña Encarnación Matas Torrijos; 280, Concepción Fernández Pérez.

281, D. Cecilio Fernández Serrano; 282, Mariano Germán Novella; 283, doña María Alonso Díaz; 285, Francisca López Buenapesada; 290, Feliciano Torregro Pedrezuela; 291, María de los Dolores Sánchez Lolumo; 293, Josefa Gómez y Gómez; 300, D. José Díaz Ruano; 302, doña Luisa Avedillo Avedillo; 304, Isabel Hernández González; 305, D. José Roca Herrero; 306, Francisco Jiménez Bartolomé; 307, doña Griselda Sán-

chez Calvo; 311, D. Francisco Avilés Blanco; 312, doña Celia Ruiz Vázquez.

313, D. Luis Die Díaz; 319, Victoriano Perero Páramo; 222, doña Felisa Fernández Lorite; 328, Amalia Gómez Ferrer; 331, Lidia Moreno Serrano; 333, Trinidad García Hernando; 334, D. José Llarena Lluna; 337, doña María de la Concepción Revuelta Franco; 340, María Fernández Lorite; 342, don Santiago Hernández Ruiz; 346, Amable González Andrés; 351, doña Concepción de Miguel Hernández; 356, Pilar Asensio Serrano; 358, Joaquina Otero Soto; 364, Araceli Moreno Santos; 376, don Casto Luis Navarrete; 377, Juan Esteban Encabo; 380, José Ramón Fernández.

* * *

Tribunal de oposiciones a ingreso en las Secciones administrativas de Primeras enseñanza.

El sorteo para determinar el orden de actuación de los opositores en el segundo ejercicio se efectuará en el salón del Consejo de Instrucción pública (Edificio del Ministerio), el próximo día 19, a las cuatro de la tarde. El segundo ejercicio dará comienzo en el mismo local, al día siguiente, 20, a las cuatro de la tarde.

Madrid, 16 de abril de 1923.—El Secretario, IGNACIO GALL BOY; rubricado.

CRONICA GENERAL

De Marruecos

Durante la noche del miércoles, varios indígenas penetraron en el campamento de Tafersit con el propósito de apoderarse de la harina allí depositada. Al entrar mataron a un vigilante indígena.

Advertidos los majzenes que prestan servicio a las órdenes de Dris-Es-Riffi, tirotearon a los ladrones, que huyeron.

Se conoce la sentencia dictada por un Consejo de guerra de oficiales generales celebrado en esta plaza para juzgar al comandante Sr. Barraca. Ha sido condenado a cuatro años de prisión.

—En Ceuta se ha celebrado la jura de la bandera por los nuevos reclutas.

De Madrid

Tomó posesión de su cargo el nuevo Presidente del Consejo de Estado, señor conde de Sagasta.

—El Supremo de Guerra y Marina, reunido ayer en pleno, ha examinado el recurso presentado por el general Navarro, pidiendo la reforma del auto de procesamiento.

El recurso ha sido desestimado por el consejero instructor Sr. Ayala, el cual se funda en no encontrar causa que motive la modificación de dicho auto de procesamiento.

En su consecuencia, el Consejo acordó que pase el informe a estudio de la Fiscalía y vuelva luego a la Sala, a fin de que ésta resuelva.

El próximo lunes veráse en el Supre-

me una causa seguida contra 18 militares de distintas clases y categorías, acusados de existencia indebida de un fondo particular en el tercer establecimiento de Remonta (Ecija).

El informe del fiscal es extensísimo, y en él se piden distintas penas.

De provincias

La Unión de Sindicatos libres de Barcelona publicará muy en breve un extenso y documentado manifiesto exponiendo el origen y desarrollo del terrorismo en Barcelona.

Prometen detallar en dicho manifiesto numerosos hechos terroristas, descubriendo la organización que ha ensangrentado y ensangrienta las calles de Barcelona, y haciendo públicos los nombres de los individuos que forman las bandas de pistoleros y las cantidades que han cobrado por sus crímenes.

—Ayer se registró otro atentado, del que resultó herido un obrero. Además, en una cueva del Montjuich se encontró el cadáver de otro obrero, que no ha podido ser identificado.

—El Rey continúa en Sevilla, ha visitado los cuarteles y presidirá la fiesta de aviación.

Extranjero

Al terminar la conferencia que se ha celebrado esta tarde en el ministerio de Negocios Extranjeros, y en la que tomaron parte los Sres. Theunis y Jaspar, jefe del Gobierno y ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica, respectivamente, se facilitó a la Prensa la siguiente nota oficiosa:

«Los Gobiernos belga y francés, igualmente resueltos a proseguir su mancomunada actuación en el Ruhr hasta que Alemania se decida a formular proposiciones directas respecto al pago de las reparaciones, han examinado toda una serie de medidas nuevas encaminadas a aumentar la presión que vienen ejerciendo y a mantenerla todo el tiempo que hubiere menester.

Han tomado, además, unas cuantas decisiones con objeto de activar aún más la carga y expedición del carbón y del coque y mejorar los servicios de explotación ferroviaria que realizan las autoridades de ocupación.»

El canciller, Cuno, recibió esta mañana a una comisión de representantes sindicalistas del Ruhr.

El canciller manifestó a los comisionados que el Gobierno del Reich está dispuesto a entrar en negociaciones con Francia sobre bases de cordialidad que permitan llegar a un acuerdo amistoso.

Añadió que, mientras llega ese momento, el Gobierno alemán solicita de

los representantes sindicalistas obreros de las cuencas ocupadas que persistan en su política y en su actitud de resistencia.

El Sr. Cuno dió por terminada la entrevista declarando a los comisionados que Alemania, y en su nombre el Gobierno del Reich, no podía por sí misma fijar una cifra que permita llegar a esa solución.

Correspondencia

Doña Santos. T. M. No se ha publicado más lista que la de los propuestos.

Valencia. E. M. Muchas gracias.

Robellada. M. P. Se envían a la imprenta.

Nava de Ricomalillo. R. A. Idem íd.

Rentería. J. A. Sí; podrá servírselle.

Portela. J. M. M. Se da a la imprenta.

Carandía. H. del B. Suponemos que se pondrán después a la venta los restantes.

Iglesiafeita. E. D. Le costará dos pesetas por inserción, pago adelantado.

La Mata. R. P. La más completa es la Didáctica pedagógica, por Solana; la Geografía es cuatro pesetas en Madrid, cinco en provincias.

Tresmonte en Parres. A. B. M. Le costará cuatro y media pesetas por inserción, pago de los anuncios siempre adelantado.

Abrucena. A. M. C. No necesitamos de ese cargo en la provincia.

Gallinés. J. B. Remitidas condiciones.

San Pelayo. P. de M. Se publicará.

X. A. R. A ser posible debe tener título; debe proponerse el sustituto en la instancia.

El Provencio. E. L. Esta Administración no está autorizada para servir encargos sin previo pago.

Fasnia. R. N. Recibidas las cartas; le supongo enterado de la propuesta.

Maire Castroponce. M. G. Se remite por correo a quien envíe cinco pesetas.

Oposiciones a escuelas

ACADEMIA DE SAN FERMIN

Fuencarral, 119, 1.º (Glorieta Bilbao) Madrid

El Magisterio Español.—Apartado, 131.